



La mistagogía y el futuro de la fe cristiana

Desde que K. Rahner lanzó su famoso pronóstico: «el cristiano del futuro será un místico o no será nada» (1), sus palabras y el trasfondo de su intuición se han venido repitiendo con mucha frecuencia en ambientes eclesiales (2). Estas páginas quisieran dar un paso adelante más allá de la certera intuición de Rahner. En particular, me propongo explicar por qué el futuro de la fe cristiana se va a jugar en su capacidad para ayudar a generar experiencia religiosa genuina. Si eso es así, como creo, no puede menos de surgir una serie de interrogantes acerca de nuestra manera de vivir y transmitir nuestra fe. Aquí apuntaré algunos.

Gabino Uríbarri, SJ*

* Profesor de Teología Dogmática en la UPCO. Madrid.

(1) Véase p. ej.: «Elemente der Spiritualität in der Kirche der Zukunft», en: *Schriften zur Theologie XIV*, Zürich, Benziger, 1980, 368-381, aquí 375.

(2) Personalmente me he hecho eco de ello en: «La Parca Expresión de nuestra Mística y las Vocaciones», *Promotio Justitiae* 54 (febrero 1994) 5-8; «Reavivar el don de Dios» (2 Tm 1, 6). *Una propuesta de promoción vocacional*, Santander, Sal Terrae, 1997, 135-139, 166-167; «La dimensión teológica de la Vida Religiosa. Una mirada desde la perspectiva vocacional», *Razón y Fe*, 237 (enero 1998) 43-52, aquí 52; «Perfiles del sacerdocio en Europa y en América Latina», *Surge*.

¿Qué es la «mistagogía»?

MISTAGOGÍA es una palabra de origen griego, compuesta por dos raíces (3). Procede del término «mystagógos». El mistagogo era el sacerdote pagano que iniciaba en los misterios. En el lenguaje cristiano, el mistagogo es el catequista que explica los misterios sagrados, particularmente los sacramentos (los sacramentos en el griego que manejaban los cristianos se llamaban «misterios»). La palabra «mistagogo» nos remite a su vez a «mystes»; el iniciado en los misterios. «Mystes» de nuevo nos remite al verbo «myo», que significa cerrar; se emplea, por ejemplo, para indicar el hecho de cerrar los ojos o la boca, o tener ojos o boca cerrados. Esta raíz, «myo», está también detrás de las palabras «misterio» y «mística».

Así pues, la mística nos remite a algo ante lo que cerramos la boca: no hay palabras para contener apropiadamente el misterio que se hace patente en la experiencia mística. O también a la experiencia de cerrar los ojos, porque lo que se experimenta no es descriptible ni apresable visualmente. Toda imagen y toda palabra es una aproximación deformada. La mística, además, tiene que ver con una experiencia en la profundidad, con los ojos y la boca cerrada.

Si ya hemos aclarado una primera raíz de la «mistagogía», *mist*, aún nos queda la segunda: *agogía*. El término «mistagogo» procede de «mystes», que ya conocemos, y «agogós». «Agogós» significa conductor o guía y, a su vez, es un derivado del verbo «agein»: llevar, conducir, dirigir, educar. Por lo tanto, el mistagogo es aquel que guía, conduce y educa en el misterio, en la mística. La mistagogía, pues, es el arte de conducir, ayudar, educar, iniciar e introducir en la experiencia mística. Yo la emplearé en un sentido más modesto, sin perder de vista su significado propio. Así, en estas páginas entenderé por mistagogía el arte y la capacidad de ayudar a que se produzca una experiencia religiosa genuina. Uno de los componentes básicos de la experiencia religiosa radica precisamente en el encuentro con el Misterio absoluto (4).

(3) Se puede encontrar una explicación suficiente en el *Diccionario de uso del Español*, de M.^a Moliner (Madrid, Gredos, varias ediciones).

(4) Véase, p. ej., J. Martín Velasco, *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid, Trotta, 1995, 37-73.

Coordenadas de nuestra situación cultural: el pluralismo religioso

EL futuro de nuestra fe depende, cuando menos en una gran parte, de su capacidad para proporcionar una oferta religiosa culturalmente inteligible y apetecible para nuestros conciudadanos. Si el mensaje cristiano tal y como nosotros los cristianos lo proponemos y vivimos les resulta desfasado a la gran mayoría, será difícil que lo atiendan. Así, se puede dar la gran paradoja de que, por una parte, según nuestra propia experiencia de creyentes y nuestras convicciones, todos nuestros conciudadanos habrían de anhelar en lo más profundo de su ser, con una fuerza inaudita, escuchar la Buena Noticia de Jesús de Nazareth; y que, sin embargo, por la otra parte, nuestros empeños misioneros alcancen unos resultados muy pobres. ¿No pudiera ser que el cristianismo aparece desfasado para tantos porque usamos un lenguaje críptico y lejano? ¿O porque nuestra propia fe no aparece en nuestra vida cotidiana? (5). ¿O porque el cristianismo que pregonamos no responde a los problemas, angustias, anhelos y deseos de salvación que viven nuestros contemporáneos?

Para pensar nuestra actividad misionera parece necesario incorporar una reflexión sobre nuestro momento cultural. Nuestra situación cultural, atendiendo al fenómeno religioso, está marcada por tres fenómenos que inciden de manera determinante en el futuro de la fe cristiana: la globalización, el respeto a las diferencias y el carácter irreversible de esta situación (6). Comentaré brevemente cada uno de estos factores.

Globalización

LA globalización o mundialización o lo que se quiere expresar con el término «aldea global» es un dato que no se le escapa a ningún observador sensato. Los grandes medios de comunicación de masas y las modernas tecnologías de la comunicación nos conectan con cualquier rincón del planeta. De ahí la conciencia de la diversidad de situaciones humanas que se dan en nuestro mundo. Para el asunto que nos ocupa, la

(5) Cf. A. Tornos y R. Aparicio: *¿Quién es creyente en España hoy?*, Madrid, PPC, 1995.

(6) Tomo la enumeración de una conferencia de Juan de Dios Martín Velasco, el 21 de enero de 1998, al inicio de un seminario interno de profesores de teología de la Universidad Pontificia Comillas sobre el tema «Fe cristiana y religiones». El contenido de los epígrafes es mío. Se prevé una publicación posterior de las ponencias del seminario.

existencia de una diversidad de religiones es un dato inapelable, que nadie ignora ni puede ignorar. Como prueba gráfica de la conciencia de la pluralidad religiosa valga esta frase, que más de una vez he escuchado en boca de adolescentes en clase de religión: «si yo hubiera nacido en Egipto seguramente sería musulmán; de haber nacido en la India podría ser budista o hinduista: ¿a qué tanto hincapié en la importancia de ser cristiano?»

Respeto

LA globalización va acompañada en nuestra circunstancia cultural por el respeto. Así, disuena en nuestro ambiente cultural entender que toda la experiencia religiosa que se dé en los creyentes de otra religión distinta de la propia sea perniciosa, equivocada, inhumana, un engaño o una mentira. Este tipo de convicción suena a un fundamentalismo que rechina ante el sentir común. Por otro lado, desde una postura más reflexiva, la convergencia de fondo en la experiencia mística que se da en las diversas religiones apunta a que en ellas se hace presente el mismo y único Misterio (7). El Concilio Vaticano II reconoce, al menos para las grandes religiones, que son caminos de salvación (cf. *Nostra aetate*; LG 16).

Es decir, bajo el respeto late un reconocimiento de la validez de las diversas religiones, precisamente por la validez de la experiencia religiosa que alimentan: porque ponen en contacto con el Misterio. Serían, para el entender sencillo y bienintencionado, caminos hacia Dios con los que el Espíritu Santo, o el Misterio de la Suprema Bondad, ha ido dotando a los pueblos en su búsqueda del Absoluto. De ahí el gran tema del diálogo interreligioso, con sus consecuencias para la manera de entender la dimensión misionera de la fe cristiana y de las demás religiones.

Carácter irreversible de la situación

EN tercer lugar, esta situación de pluralismo se estaría reconociendo en nuestro contexto cultural como un hecho irreversible, por lo menos durante un período indefinido de tiempo. No se encuentran indicios ni tendencias que permitan conjeturar un cambio en un plazo previsible. Más bien, la impresión sería en todo caso la contraria: el

(7) Véase, p. ej., W. Johnston: *Mystical Theology: The Science of Love*, London, HarperCollins, 1995 (hay traducción castellana).

pluralismo reconocido a nivel internacional va creciendo cada vez más en el interior de los países occidentales.

Consecuencia: la experiencia religiosa como criterio de verdad de las religiones

ANTE esta situación de pluralismo religioso de momento irreversible y que se enfoca desde el respeto nos preguntamos: ¿con qué criterio se tiende a juzgar en nuestra sociedad la validez, bondad y verdad de las religiones?

Inconveniencia de la teología

LO primero que queda claro es que no puede ser desde la teología. La teología, por definición, es una comprensión intelectual que crece dentro de la adhesión a una confesión religiosa determinada. Imponer como criterio de validez, bondad y verdad un criterio teológico supone medir a la otras religiones desde un criterio extraído de la propia religión. Esto se percibe en nuestro ambiente cultural como una forma de imperialismo: medir a todos los demás desde mi propio rasero. Precisamente eso implicaría haber renunciado al respeto. El respeto significa reconocer al otro en cuanto otro, en cuanto distinto de mí. Así, lo más propio del respeto radica en la manera de valorar las diferencias, no las semejanzas. Si manejamos como criterio de validez, bondad y verdad el propio estamos juzgando por las semejanzas con nosotros, quedando en entredicho nuestro respeto verdadero a las diferencias.

Medir la bondad de las diversas religiones desde la teología, ya sea musulmana, cristiana o budista, supondría romper una situación en la que el sentir común entiende que se ha de respetar la pluralidad religiosa. Por lo tanto, apelar a la teología implica situarse de una manera desfasada para la cultura que se respira en nuestra situación actual. En seguida se saca a colación, contra los cristianos, que las cruzadas y la inquisición fueron empeños equivocados, malvados, perniciosos y como una especie de «crímenes contra la humanidad». Y esto con independencia del conocimiento histórico detallado que se tenga de ambos hechos. Por lo tanto, la aproximación teológica, independientemente de las dificultades que pueda tener la pericia requerida para realizarla acertadamente, no parece la acuada desde una perspectiva que hoy quiera ser inteligentemente misionera.

Criterio: la experiencia religiosa

EL posible criterio para medir la verdad, bondad y validez de las diversas religiones se orienta, entonces, más bien según lo que se ha sedimentado en la conciencia colectiva proveniente de las ciencias de las religiones. Es decir, si lo propio de la religión es la experiencia religiosa, el encuentro con el Misterio, la religión será buena y válida si ayuda, y en tanto ayude, a este encuentro. Tanto mejor será cuanto más profunda, enriquecedora, dadora de sentido y de fuerza para afrontar los dolores de la vida, capacitadora para una vida plena sea esta experiencia religiosa.

Así pues, en mi opinión, nuestra sociedad, nuestros conciudadanos no juzgan el valor de las religiones por la pericia o consistencia de sus construcciones especulativas o dogmáticas. Es decir, la doctrina religiosa, en nuestro caso la doctrina cristiana, ocupa para los intereses de nuestros conciudadanos un lugar secundario y subsidiario, una vez que se haya dado la experiencia religiosa. Tampoco resulta lo más relevante, aunque sí más que la doctrina, la conducta moral. En nuestro contexto pluralista, la altura moral no se ve como algo propio de la religión, sino como unas opciones privadas muy valiosas de una serie de personas. Resulta curiosa la admiración tan enorme que han causado en España los mártires de los últimos años, desde los de la UCA, pasando por los de Argelia, hasta los de la región de los Grandes Lagos, y la incapacidad para penetrar el elemento místico de su opción de vida, a sabiendas del peligro cierto que corría su vida (8).

Resumiendo mi tesis: *en nuestro ambiente cultural el principal criterio para juzgar la verdad, bondad y validez de una religión es su capacidad para generar experiencias religiosas genuinas.*

Indicios confirmatorios

CIERTAMENTE, lo que propongo es una intuición y una hipótesis de trabajo. ¿Se puede aportar alguna confirmación empírica que la avale? Dentro del nivel de reflexión en que nos movemos, lograr una confirmación empírica parece muy difícil, si no imposible. Sin embargo, una serie de hechos suficientemente contrastados pueden servir como indicios confirmatorios.

En la sociedad europea occidental desde el Concilio Vaticano II han tenido un gran auge los denominados «nuevos movimientos religiosos». Una de

(8) M. de UNCITI: «Los «nuevos» mártires», *Sal Terrae* 85, 2 (febrero 1997) 165-173.

sus características destacadas, también de los intraeclesiales, es la importancia que conceden a la mistagogía. Entrar en contacto con ellos implica pasar a iniciar un camino mistagógico hacia un encuentro con Dios. La iniciación que proponen pivota sobre la experiencia religiosa, mucho más que sobre la transmisión doctrinal o las exigencias morales.

En América Latina resulta extraordinariamente llamativo el crecimiento espectacular de las denominadas «sectas». Estos movimientos religiosos centran su estrategia misionera y su capacidad de generar adhesión precisamente en la habilidad que tienen para ayudar a vivir una experiencia religiosa fuerte, que sacude, descoloca y abre a nuevos horizontes. De ahí surgirá, posteriormente, la necesidad de una instrucción doctrinal mayor y un planteamiento de las consecuencias morales que la verdad de lo vivido conlleva.

Finalmente, aunque más opinable, el aura de prestigio social que envuelve en Occidente a las religiones orientales y las prácticas asociadas a ellas (yoga, meditación) está en estrecha vinculación con la fuerza mistagógica de estas religiones. La gente las considera, por así decirlo, religiones de «experiencia religiosa» y no de doctrina dogmática o moral. Más simplistamente y, quizás, injustamente. Uno puede celebrar su matrimonio por la Iglesia por una mezcla de motivos: tradición familiar, estética de la fiesta y para pedir de alguna manera la bendición de Dios en un momento crucial de la vida. A muy pocos se les ocurre que la celebración litúrgica del matrimonio sea una reunión de oración. Todavía a menos se les ocurre preguntar a la salida a los otros asistentes cómo les ha ido ese rato de apertura y encuentro con el Misterio. Hacer este tipo de preguntas no resulta de buen tono. Se puede comentar cómo ha estado la música o la homilía o la decoración floral o, más aún, si le ha gustado el traje de la novia, la madrina y demás invitados. Sin embargo, una celebración litúrgica del sacramento del matrimonio es un momento de oración tan intenso como lo pueda ser una confesión general o una sesión de meditación zen.

Interrogantes a nuestra vivencia y transmisión de la fe

Honradez intelectual ante la situación

EL primer paso que deberíamos dar consiste en reconocer honradamente la situación en que nos empezamos a

encontrar, tanto en España como en el Occidente «poscristiano». Vivimos en un mercado en el que hay una oferta plural de religiones. Basta con asomarse a lo que aparece bajo «religión» en las grandes librerías europeas o norteamericanas, también las madrileñas, para comprobarlo. No digamos nada, si uno tiene la curiosidad de mirar también la oferta que presentan bajo «esoterismo».

El primer interrogante lo formulo así: ¿nos hemos dado cuenta en Iglesia de la existencia del pluralismo religioso en nuestro entorno, o seguimos funcionando como si la única religión fuera el cristianismo? ¿Nos engaña el espejismo de que la Iglesia católica sigue siendo en España la institución más numerosa y más poderosa? ¿O es exagerado lo que estas páginas aventuran?

Si, una vez situados en esta plaza pública, entendemos que el valor de cambio que este mercado entiende es la experiencia religiosa genuina, deberíamos reflexionar desde ahí sobre nuestro modo de vivir y proponer la vivencia de la fe cristiana a otras personas.

La transmisión catequética

RESULTA del todo punto encomiable el enorme esfuerzo que la Iglesia pone en juego en la catequesis a todos sus niveles. Sin embargo, se escucha machaconamente en uno y otro sitio que la iniciación cristiana, especialmente en su culminación actual con la confirmación, suele coincidir más frecuentemente con el comienzo de la despedida cristiana (9). Una contradicción. Detrás de esta constatación sociológica estaría lo siguiente: si en la iniciación catequética no se alcanza una experiencia de Dios significativa y emotiva, toda la construcción de apropiación doctrinal carece de sustento donde apoyarse. Es un castillo en el aire.

Segundo interrogante. Ante estos resultados yo me pregunto si no tendríamos que enfocar los esfuerzos que volcamos en la catequesis mucho más en la iniciación a la oración, al encuentro con el Misterio, que en la instrucción doctrinal, sin dejarla de lado. Es decir, la catequesis debería articularse como una verdadera mistagogía: una iniciación y una ayuda para el encuentro con el Misterio, con Dios. Aquellos grupos o personas que han sido capaces de articular una estructura mistagógica, en forma de

(9) Cf. S. Madrigal: «Sentir eclesialmente la fe. La Iglesia, ámbito de transmisión de la fe cristiana», *Sol Terrae* 85, 9 (octubre 1997) 729.

cursos de oración u otros elementos, encuentran una demanda inagotable. Gran parte del éxito pastoral con los jóvenes del cardenal Martini en Milán radica en su oferta de iniciar en la «lectio divina». Y así se podrían poner otros ejemplos (10).

El recurso principal que sigue teniendo hoy la Iglesia es su capital simbólico para ayudar a vivir situaciones cruciales de la vida, como el nacimiento, la muerte, la salida de la infancia o el emparejamiento. El objetivo con el que muchas personas se acercan a los sacramentos se cifra única y exclusivamente en lo que los sacramentos en cuanto celebración ritual y simbólica ofrecen, pues aún no hay alternativas profanas en nuestra sociedad que compitan con fuerza suficientemente significativa en este terreno. Para muchos la catequesis resulta un peaje ineludible y fastidioso para lograr el bautizo o la boda. El reto que se nos plantea como Iglesia es aprovechar este recurso, nuestro mejor capital, para proponer con acierto y gracia formas accesibles de iniciación al encuentro con Dios.

No estoy abogando por un cristianismo emotivista, intimista, sentimentaloides, de espaldas a las exigencias de la razón, remiso ante las demandas de la historia; ni defiendo la instauración de nichos emocionales al margen de la institución eclesial. A la fe cristiana le pertenece constitutivamente una conducta consecuente con la misma (moral) y una concepción de Dios y de la historia (dogmática). Sin ellas la fe cristiana queda coja. Igual de raquítica y endeble es también una fe cristiana en la que no ha habido un encuentro personal, enriquecedor y salvador con Jesucristo. Lo que el Nuevo Testamento nos relata de las primeras comunidades cristianas no resulta comprensible si lo reducimos a una mera conjunción de especulación dogmática y conducta moral. Los apóstoles habían visto al Señor (cf. 1 Co 9, 1; Jn 20, 18.25; 1 Jn 1, 1). Sin poder decir de alguna manera que «hemos visto al Señor», difícilmente mantendremos a la larga nuestra fe en un ambiente que la erosiona continuamente.

La celebración litúrgica

BASTA con visitar diferentes asambleas dominicales para constatar la distancia que media, con muchísima frecuencia, entre lo que las moniciones de entrada pregonan y la realidad que vive la asamblea. En las hojas dominicales se insiste en que la celebración eucarística es un encuentro festivo, de alegría, de gozo, de unión comunitaria y otros

(10) Resulta ilustrativa la entrevista a I. Larrañaga en *Vida Nueva*, 2.121 (17 enero 1998), p. 8-10.

aspectos semejantes. El observador atento percibe, sin embargo, un grupo de gente diseminada por los bancos de la Iglesia, más bien situada en la mitad del templo más cercana a la salida, que no se saludan unos a otros, con caras más bien serias, sin sensación de que formen una comunidad ni que estén de fiesta.

Sería suficiente con que la mitad de las ocasiones la celebración litúrgica resultara subjetivamente enriquecedora, un verdadero momento de encuentro con Dios. Con que al salir de la Misa dominical uno se pudiera decir con satisfacción: «menos mal que vine hoy aquí, de lo contrario me habría perdido algo valioso». Y no solamente valioso en el plano general de la teología: cada sacrificio eucarístico tiene teológicamente el mismo valor. Sin embargo, cuando en una misa hay algo especial, por la música, o porque es una buena eucaristía para niños, o por la predicación, o porque la asamblea realmente ora, se llena a rebosar.

Se da la paradoja de que algunas celebraciones litúrgicas son de lo más antimistagógico que quepa imaginar: aburridas, sosas, sin participación, con homilías en las que se sienten los suspiros de alivio cuando terminan. ¿Podemos salir así a la plaza pública del mercado plurirreligioso?

La vida consagrada

POR último, detrás de la vocación a la vida consagrada o vida religiosa late, en último término, una experiencia mística de encuentro con Dios. Es lo determinante de la vocación: la convicción inapelable de que Dios llama personal e individualmente, a pesar de todos los pesares. La vocación vive de este amor y esta certidumbre. Si esto es así, entonces los consagrados deberíamos ofrecer lo más propio nuestro, la experiencia mística, en formas mistagógicas. Sería un gran servicio a la fe cristiana.

Los monasterios contemplativos podrían tomar la forma de lugares de iniciación a la oración, al encuentro con Dios. Se podrían convertir en enclaves de fortalecimiento de la fe de los creyentes y en centros de atracción misionera, por parte de los buscadores del Absoluto. Los demás religiosos habríamos de cuestionarnos si la poesía de nuestra experiencia mística se deja articular en una estructura mistagógica para que otros puedan tener una experiencia profunda de encuentro con el Misterio. A este respecto, habríamos de discernir con valentía lo que nuestras comunidades e instituciones dejan transparentar sobre la verdad, belleza, bondad y profundidad de nuestro encuentro con el Padre de todas las bendiciones.